

¿Tiene aún vigencia la teología de la liberación?

Pbro. Dr. José Juan García

En 1971 aparecía el famoso texto de Gustavo Gutiérrez *Teología de la Liberación. Perspectivas*, que daba nombre a una corriente teológica surgida en América Latina al calor del documento de Medellín y del método utilizado por el Vaticano II en *Gaudium et Spes*. Un método nuevo que incorpora el método inductivo, partiendo de la realidad más que desde las nociones teológicas en abstracto e iluminando la realidad con la Biblia y aprovechando también la realidad cotidiana para iluminar el pensar de la fe.

La Teología de la Liberación afirma que el lugar teológico ya no son sólo textos sagrados –primera escucha del teólogo- sino que hay también lugares particulares en los que Dios Amor se manifiesta. Y en América Latina la realidad desde la que debe construirse el pensamiento es la del pueblo sufriente, o como dijera Ignacio Ellacuría, “un pueblo históricamente crucificado”. Un pueblo crucificado por épocas totalitarias o por el triunfalismo financiero o por abusos ambientales. La lista puede seguir. De ahí que el mismo Magisterio de la Iglesia con Puebla y Aparecida insiste en la opción no ideológica sino evangélica por los últimos de la historia. En la Biblia se ve claro que Dios toma partido por el pobre, el huérfano y la viuda, y en el Nuevo Testamento, el mismo Jesús manifestó que en los débiles él mismo se hace presente: “Tuve hambre y me diste de comer...” (Mt 25, 31ss.).

Desde el reverso de la historia, desde las periferias –“geográficas y existenciales” al decir de Francisco- se comprende de manera diferente el mismo Evangelio. Los crucificados de la historia son un Signo de los tiempos, entendiendo como Signo una realidad que refiere a la presencia viva de Dios.

Se comprende la preocupación de Roma en aquellos primeros años, cuando algunos pocos teólogos de la liberación, se dejaron influir por la violencia revolucionaria. Fueron llamados a la reflexión y a la lectura fiel del Evangelio que inspira los cambios sociales y políticos desde la convicción serena y la paz como fruto de la justicia. La fe no es un analgésico para el dolor, ni un opiáceo para evadirnos de la realidad. Es un seguir a Jesucristo y los valores de su Reino, que instan a un mundo más justo y fraterno.

Pero estos iniciales errores no frenaron un proceso de pensamiento dinámico. En el origen de la Teología de la Liberación hay un dejarse impactar por la realidad verdadera, a la realidad de la pobreza y la injusticia y la inequidad. Es una teología sustancialmente histórica, sin afirmar que es equivalente la fe a la fidelidad a la historia. En realidad se reclaman y complementan. Una auténtica fe cristiana nos vuelve ciudadanos participativos, no consumistas, justos, no discriminatorios, cuidadores del Ambiente, etc.

Jurgen Moltmann solía decir: “Thomas Becket murió en el altar de Canterbury, porque defendió los derechos de la Iglesia; Oscar Arnulfo Romero murió en el altar de San Salvador porque defendió los derechos de los pobres. Esa es la nueva dirección”.

Algunos creen que la Teología de la Liberación es ya historia. No, ha pasado por el tamiz de la purificación y hoy inspira la inclusión social, los movimientos sociales y culturales, la religiosidad popular, la no discriminación por el origen racial, por su género, por su situación cultural. Nadie está más. Nadie está de sobra. En el Banquete del Reino de Dios hay puesto para todos. Leamos "Querida Amazonia" del papa Francisco y allí podremos comprobar la vigencia de muchas intuiciones de la Teología de la Liberación ya madura.